

riendo saltar á éstos por ser uso, mas que si fueran preceptos de Dios. Necesidad grande, pensar que con lavarse las manos con un poco de agua se lavaban las culpas. Esta fué la ceguedad afectada de Pilato: venga agua, y lavémonos las manos de la sangre inocente que por mi sentencia derramarán; y queda tan satisfecho, que dice: *Estoy inocente de la sangre de este justo.*

Quiéren los fariseos que se observen al pie de la letra las tradiciones y usos de los mayores: así quíeren los mas de los cristianos; pero qué responderán el dia de su juicio particular, cuando el Señor les diga: Ven acá hombre, ven acá muger: ¿quién te puso en el mundo? ¿Quién te dió el sér que tienes? ¿Quién te esperó hasta hoy; para que no te fueses al infierno? Señor, vos. Bien está. Pues si yo soy tu criador y tu padre, ¿dónde está la honra que me has hecho? Si yo soy tu Dios y tu Señor, ¿dónde está el temor que me has tenido? Di, ¿por qué por seguir usos y costumbres que no eran preceptos míos, dejasteis de servirme en la sencillez de tu corazón? Mal hice, Señor, ya lo confieso; pero mi miseria, mi flaqueza con la dificultad de la ley, me hacían tropezar y caer. ¿Pero cuando, alma cristiana, te ha mandado Dios cosas tan recias y duras como el mundo, á quien tanto obedeces? El yugo de su ley es suave, y ligera su carga; al mundo si que es difícil obedecer.

Preguntemos á los mundanos si les cuesta trabajo servir al mundo; pues sus acciones, su desabrimiento y mal humor, nos manifiestan lo que sufren en sus pretensiones. El hombre que se entrega á sus pasiones, ¿qué es lo que no sufre por satisfacer sus deseos torpes? Desvelos, cansancios, incomodidades, compromisos, peligros tal vez de la vida, y descrédito, son por lo comun los resultados de su pasión; casi no hay uno que tarde ó temprano no las lllore. ¿A qué no espone á los mortales la soberbia y el deseo de brillar en el mundo? Si ponemos la vista en los ambiciosos, no pueden presentárenos sino como objetos de lástima. ¿Qué humillaciones, qué abatimiento, qué adulación, qué sufrimiento para pasar los dias y las noches en las antecámaras de los poderosos! ¿Qué degradacion en servirnos aun de recursos viles é infames, por conseguir nuestros deseos! ¿Cuántas veces tenemos que sufrir repulsas y malos tratamientos, acaso de personas que interiormente odiamos, porque así conviene á nuestras miras! ¿Ha mandado Dios por ventura cosa semejante? Dios manda amar y servir; amar y favorecer; pues toda su ley está contenida en el precepto de amarle y amar al próxi-

mo; de este modo nada puede haber difícil; nada pesado, pues todo lo facilita y suaviza el amor; pero aborrecer y adorar, aborrecer y servir, aborrecer y exaltar, eso si que es cosa muy pesada, que solo puede inventar el demonio y mandar al mundo.

Dice Dios por Isaías: *Dale al pobre un pedazo de pan.* ¿Y el mundo qué dice! Dígalo el pródigo que refiere S. Lucas, y díganlo tantos que le imitan. Dame todos tus haberes, toda tu sustancia, toda tu hacienda, todo tu cuerpo y toda tu alma. Jesucristo se contenta con poco que se le dé al pobre, con un mendrugo de pan, con una taza de agua. Mas qué responderémos á Dios, cuando nos diga: Al mundo que te mandaba cosas difíciles, le servias y obedecias; y á mí que soy tu Dios, que te he mandado cosas muy fáciles, y que yo mismo te aligeraba la carga, no me quisiste servir ni obedecer. ¡Injusticia grande, ingratitude sin medida! Séamos mas, en lo sucesivo mas prudentes: reflexionemos que para ser felices en esta y en la otra vida, no hay cosa mas segura que la exacta observancia de los mandamientos del Señor, fuente de toda felicidad: que los placeres del mundo mas tienen de amargura que de gusto. Así es que nadie puede ser dichoso en medio de ellos; antes bien será infeliz temporal, y eternamente.

### Jueves de la tercera semana de Cuaresma.

Este dia se ha mirado siempre entre los griegos y latinos, como el centro ó el medio de la Cuaresma, por cuyo motivo lo llamamos Mitad de Cuaresma, como que es el vigésimo de los cuarenta ayunos despues del Miércoles de Ceniza, y el último de la primera mitad. Los griegos le dan el nombre de *Mesonestima*, que quiere decir el medio de los ayunos, por ser entre ellos este dia el primero de la segunda mitad. Ellos erigieron su Mesonestima en fiesta solemne; se ignora el misterio y el motivo para ello. Los latinos no han pensado en hacer un dia festivo del Jueves de la media Cuaresma; pero no ha faltado quien haya intentado hacer de él á lo menos un dia privilegiado y dispensable del ayuno; mas la Iglesia ha condenado siempre esta licencia, y reformado este abuso.

La misa comienza por estas palabras tan dignas de consuelo: *Yo soy la salud del pueblo*, dice el Señor, *en cualquiera affliction*

que se halle, lo oiré luego que me invoque, y seré eternamente su Señor. Dios es nuestra salud, en vano la buscaríamos en otra parte; la vida, la salud y todos los bienes que podemos desear, se encuentran en solo Dios; él es la fuente de todo bien: no tenemos que hacer otra cosa sino recurrir á él con confianza; en cualquiera aflicción que nos hallemos, nos promete su asistencia. Dios es fiel en sus promesas: ¿á quién se debe echar la culpa si nos falta el socorro en nuestras necesidades? No recurrimos á Dios sino despues de haber tentado todo otro remedio. Nuestra falta de fè hace ineficaces nuestras oraciones, nuestra confianza vacilante es efecto de nuestras infidelidades. ¿Querémos ser oidos en las aflicciones? Guardemos su ley, oigamos con docilidad sus palabras: *Oye, nos dice, pueblo mio, mi ley; inclina tu oído á las palabras de mi boca.*

La Epistola de este dia contiene una reprobacion que Dios da á su pueblo por boca de Jeremías, por la vana confianza que tenia en el culto exterior que le daba sin cuidarse de agradarle con la pureza de sus costumbres, y la exacta observancia de sus divinos preceptos. Los judíos contaban tanto sobre la singular ventaja que tenian, de tener en medio de ellos con p. eferencia á las otras naciones, el solo verdadero templo, consagrado al culto del verdadero Dios, que creian que esta preferencia les respondia de la proteccion de su Dios, y que podia suplir por la inobservancia de la ley, de que bien conocian eran culpables. El Señor les declara por su Profeta la iniquidad de esta vana presuncion, y el error de su necia confianza.

Manda Dios á Jeremías vaya á ponerse á la puerta del templo de Jerusalem, y que anuncie al pueblo estas verdades eternas. "Oid la palabra del Señor, habitadores de Judá, les dice, todos los que entráis por estas puertas á adorar al Señor. ¿Queréis que yo habite con vosotros en este lugar santo? ¿Queréis que escuche vuestras súplicas y oiga vuestros votos? ¿Queréis que derrame en él mis bendiciones con abundancia? Pues enderezad vuestros caminos, reformad vuestras costumbres, corregid vuestra conducta; no vengaís á él sino con un corazon puro, no comparezáis sino es con disposiciones religiosas; vuestro respeto y vuestra modestia sean una prueba de vuestra fé. No pongáis vuestra confianza en palabras de mentira, diciendo: Este es el templo del Señor, esta es la casa de Dios,

aquí está su solo templo." No era mentira ni tampoco error el creer y decir que el templo de Jerusalem era el templo del Señor; pero en la boca de los judíos y segun los sentimientos que tenian, cuando se gloriaban de que tenian este templo, era este un error, una iusion, una mentira. Creian que por horrendas que fuesen las abominaciones que se cometian en el lugar santo, que por mas irritado que pudiera estar el Señor por los delitos del pueblo, era demasiado zeloso de su gloria, para que permitiese jamas que su templo fuese profanado por los extraños, y aun ménos que su pueblo favorecido fuese arrojado del pais que Dios le habia dado, y que los judíos estuviesen un dia sin templo, sin altar, sin sacrificios. Soseguémosnos, decian; no hagamos caso de las amenazas de Jeremías: tenemos el templo del Señor; este solo templo es para nosotros un escudo contra toda suerte de desdichas, y aun contra los tiros de su indignacion; pero estos ciegos no veian que deshonraban mas el templo sagrado del Señor por su idolatría y sus impiedades, que los infieles hubieran podido hacerlo quemándolo y destruyéndolo de arriba á abajo. ¿Queréis que este templo sea mi casa? No hagais de él una cueva de ladrones y de impíos: yo habitaré con vosotros como os lo he prometido, yo habitaré en este templo de un modo particular, oiré en él vuestras súplicas, aceptaré vuestras ofrendas, veré con complacencia vuestros sacrificios y me mostraré favorable á vuestros votos, si teneis cuidado de andar por los caminos de mis mandamientos, si no derramais en este lugar la sangre inocente, si no seguis á los dioses de los gentiles, si no profanais este templo con vuestros malos deseos, con vuestras impiedades y con unas costumbres enteramente paganas. Lo que me ahuyenta de este sagrado templo, lo que me obliga á convertir este trono de misericordia en tribunal de mi mas severa justicia, son los delitos que cometéis en él, las usuras, los latrocinios que ejerceis: lo que me obliga á salirme de él, es el incienso sacrilego que ofreceis en él á los ídolos. Vivid como mi pueblo, y yo reinaré entre vosotros como vuestro Dios; sean puras vuestras costumbres, y mi presencia os será benéfica. No os fieis en las falsas seguridades que los falsos profetas os dan de mi proteccion. ¿Queréis que yo habite en medio de vosotros, y que esté con vosotros en este lugar de siglo en siglo? Sed religiosos, guardad mi ley, no hagais mal á nadie, y entónces mi templo será para vosotros una prenda eterna de mi bondad y de mi benevolencia.

El Evangelio de la misa de este día contiene la historia de muchas curaciones y en particular la del milagro que hizo el Salvador con la suegra de San Pedro.

Antes de la tercera vocación de los Apóstoles, y ántes que hubiesen renunciado enteramente cuanto poseían, y cuando el Salvador no tenía todavía más que cinco discípulos, habiendo salido de la Sinagoga de Cafarnaúm un Sábado, entró en casa de Simon Pedro. Luego que entró le dijeron que la suegra de su discípulo que estaba alojado en aquella casa, estaba peligrosamente enferma. No fué necesario hacerle muchas instancias, pues tenía mas ganas de concederles lo que pedían, que ellos de conseguirlo. Este divino médico va sin detenerse á ver á la enferma, se arrima á la cama, y con un tono que no puede convenir sino al que es Señor de la vida y de la muerte, manda á la calentura que la deje, y al punto queda sana y robusta, se levanta, hace servir la comida, y segun la costumbre del país sirve ella misma á la mesa al Maestro y á los discípulos. El gozo fué tan grande como la admiración; se conoció bien en esta ocasión, que el Salvador no era capaz de ver padecer á los que lo aman, sin ser sensible á sus males y sin aliviárselos. Este Señor ve todas nuestras necesidades, y quiere que nosotros se las descubramos. El seno de la divina misericordia está siempre pronto á abrirse; pero la oración es como la llave con que se abre. No bien ha recobrado esta muger la salud por la omnipotencia de Jesucristo, cuando el primer uso que hace de ella, es servir al mismo Salvador. ¿Después de la enfermedad hacemos nosotros el mismo uso de nuestra salud?

Este milagro hizo gran ruido, tanto que no bien hubo pasado la fiesta del Sábado, que se acababa al poner el sol, cuando toda la ciudad acudió de tropel al alojamiento en que se hallaba Jesucristo. Todos los que tenían enfermos se daban prisa por llevarlos delante del Señor, persuadidos á que solo con que los tocase, era cierta su curación. La fé de estos hombres no fué vana. Sin embargo de ser prodigioso el número de enfermos que le presentaron, los tocó á todos, y al instante sanaron. Nosotros no tenemos otros verdaderos males mientras vivimos, que las enfermedades del alma. ¿Cómo, pues, el mismo cuerpo y sangre de Jesucristo, que recibimos en la Eucaristía, como un tan soberano remedio, cómo, vuelvo á decir, no obra estas maravillosas curaciones? Asunto fecundo en reflexiones sobre la disposición de los que comulgan sin fruto, y que reci-

biendo tantas veces á Jesucristo, se quedan siempre tan enfermos como ántes.

Tambien le llevaron á Jesucristo un gran número de endemoniados, y á la primera palabra que pronunció con un tono de superioridad, se vieron salir los demonios de los cuerpos con mucha rabia, no dejando por eso de publicar altamente la gloria del que los expulsa. No era esto porque ellos intentasen procurarle honra alguna, sino porque temiendo estos espíritus soberbios parecer vencidos por un hombre común, creían soldar la infamia de ser echados, gritando al salir de los cuerpos: *Tú eres el Hijo de Dios*; aunque entónces solo tenían un conocimiento imperfecto, y fundado en conjeturas, de que Jesucristo era Hijo de Dios. Sin embargo, Jesus que no queria tener semejantesregoneros, ni que la verdad fuese anunciada por ellos á los hombres, los amenazaba y les imponía silencio. Entre las muchas razones que se alegaban para la prohibición que hace aquí el Salvador, la mas natural al parecer es, que aquellos pueblos no estaban todavía dispuestos á oír hablar de su divinidad.

El Salvador pasó casi toda la noche en librar energúmenos, y en curar todo género de enfermos. Luego que amaneció, salió secretamente y se fué á un desierto; enseñándonos en esto, que por santas que sean las funciones de los operarios evangélicos, siempre necesitan procurarse algunas horas de retiro para volver á entrar en sí mismos, para tomar nuevas fuerzas en la oración, para purificarse de las imperfecciones que han podido contraer en el comercio con los hombres, y para tratar con Dios y aprender de él en la oración lo que deben de enseñar á los otros. Jesucristo no estuvo mucho tiempo solo en el desierto; vino el pueblo á encontrarlo, y lo tenían de miedo no los dejase. Cuando se ha conocido á Jesucristo, y se le ama, no es tan fácil separarse de él. Lo mismo fué llegar todo aquel pueblo, que rodearlo por todas partes, y pedirle con instancias que no dejara su ciudad: nada omitieron para obligarle á que se quedara con ellos. Pero su zelo, para el cual todo el mundo era demasiado pequeño, no se limitaba á una provincia ó á una ciudad. Este es el motivo porque les respondió: Hay al rededor una infinidad de aldeas y de ciudades que tienen necesidad de mis instrucciones, no ménos que Cafarnaúm, y no es justo que deje perecer tantos pueblos, por no distribuirles el alimento espiritual que vosotros habeis recibido los primeros. Si el Evangelio que os he anunciado os da una cierta seguridad del feino de Dios que he ve-

nido á establecer; este reino no os debe ser de tal manera propio, que no se haga comun á todas las naciones del mundo, las cuales se unirán en adelante para no hacer sino una sola Iglesia. El designio de reunir las movió á mi Padre á que me enviara, y á mí á que bajara del cielo. Lleno de ardor el Señor por la conversion de todo el mundo, iba de un lugar á otro, predicando en todas las Sinagogas de Galilea, y haciendo una infinidad de milagros por cuantas partes pasaba, y curando á los énérgimenes y á los enfermos.

*La Epistola es del capítulo VII del profeta Jeremías.*

En aquellos dias me habló el Señor, diciendo: Ponte á la puerta del templo del Señor, y predica allí este sermón, hablando en los términos siguientes: Oíd la palabra del Señor todos vosotros, ó hijos de Judá, que entráis por estas puertas para adorar al Señor. Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Enmendad vuestra conducta y vuestras aficiones; y yo habitaré con vosotros en este lugar. No pongais vuestra confianza en aquellas falaces expresiones, diciendo: Este es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor. Porque si enderezáreis al bien vuestras acciones y vuestros deseos; si administráreis justicia entre hombre y hombre; si no hiciéreis agravio al forastero, y al huérfano, y á la viuda, ni derramáreis la sangre inocente en este lugar, y no anduviéreis en pos de dioses ajenos para vuestra misma ruina; yo habitaré con vosotros en este lugar, en esta tierra que di á vuestros padres, por siglos y siglos, dice el Señor omnipotente.

*El Evangelio es del capítulo IV de San Lucas.*

En aquel tiempo: Saliendo Jesus de la Sinagoga, entró en casa de Simon. Hallábase la suegra de Simon con una fuerte calentura, y suplicáronle por su alivio. Y él arriándose á la enferma, mandó á la calentura que *la dejase*, y la dejó libre. Y levantándose entónces mismo de la cama, se puso á servirles. Puesto el sol, todos los que tenían enfermos de varias dolencias se los traian, y él los curaba con poner sobre cada uno las manos. De muchos salian los demonios gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y con amenazas les prohibía decir que sabian que él era el Cristo. Y partiendo luego que fué de dia, se iba á un lugar desierto, y las gentes le anduvieron buscando, y no pararon hasta encontrarle, y hacian por detenerle, no queriendo que se apartase de ellos. Mas él les dijo:

Es necesario que yo predique tambien á otras ciudades el Evangelio del reino de Dios, pues para eso he sido enviado. Y así andaba predicando en la Sinagoga de Galilea.

MEDITACION.

*Sobre el desprendimiento de las criaturas, necesario para servir á Dios.*

Considera que si en el ejercicio mismo de la predicacion del Evangelio puso el Señor en accion el desprendimiento de las criaturas, en términos de separarse con resolucion de los que lo detienen por aprecio de su soberana presencia y de su predicacion, y partir á otras ciudades á continuar el ejercicio de su ministerio, cómo se nos refiere en el Evangelio de hoy, ¿con cuánta mas razon debemos nosotros desprendernos de las aficiones y compromisos humanos, para atender á las cosas que son del servicio de Dios? Ya el mismo Jesucristo nos habia dado ejemplo de la preferencia que debemos dar al servicio de Dios, sobre toda consideracion humana, cuando se sustrajo de la compania de su Santísima Madre y de su Padre estimativo, para cumplir con la disposicion divina de hallarse en el templo entre los doctores de la ley, oyéndolos y preguntándoles, para darles muestra de su sabiduria; y nos lo enseñó asimismo, cuando corrigió el afecto del Apóstol San Pedro para con su coapóstol San Juan, en atencion á que no ejerciesen juntos su apostolado cuando convenia que se separasen para llevar cada uno la luz del Evangelio á diversas regiones. ¿Y despues de esto dejarámos de conocer la necesidad de vivir en un total y absoluto desprendimiento, para estar expeditos y en disposicion de acudir á donde nos llame la obligacion de nuestro ministerio ó la inspiracion divina? ¿Dejarémos de conocer el grave perjuicio que ya la Iglesia, ya alguna otra atencion religiosa ó de justicia, resienten por nuestra falta, provenida tal vez de lo que nos detienen las aficiones terrenas? Pues si lo conocemos, tratemos de llenar nuestras obligaciones, y no echemos sobre nosotros una responsabilidad de una magnitud acaso inecalculable.

Considera que es tanto mas necesario este desprendimiento, cuanto por lo comun es obra del demonio el armar y multiplicar los lazos que nos detienen en la aficion de las criaturas, con el maligno intento de impedir la obra de Dios. No ignoramos que este enemigo de nuestra salvacion trabaja sin cesar en una operacion seme-

jante á la que hacen los sitiados en una plaza, contramaindo para frustrar y echar á perder los trabajos de los sitiadores, que minando bajo de tierra, tratan de volar las defensas para apoderarse de la plaza. El Hijo de Dios con sus obreros evangélicos adelanta siempre sus trabajos para enseñorearse de nuestras almas; pero á cada instante le sale al encuentro el enemigo comun á embarazar sus operaciones, desviando á aquellos obreros del objeto á que deben estar consagrados, y valiéndose para ello del encanto de las criaturas, que los detienen en objetos extraños de su mision. Si pues damos oido á las voces de la carne y la sangre; si nos dejamos prender de las aficiones terrenas, aunque no sea nuestro intento contrariar directamente la obra de Dios, de hecho la embarazamos; porque con solo dejar de obrar en nuestro ministerio, ayudamos á las miras del demonio, y en mucha parte hacemos que logre su empresa contra los intereses de Dios y de las almas. ¡Oh! no hagamos tal cosa: desempiemos la obra de Dios con un zelo, eficacia y actividad, semejantes á las de Nehemias, que dedicado á la reposicion de los muros de Jerusalem, no cesó en ella hasta su conclusion. "Yo hago, decia, una obra grande: no puedo bajar, porque no sea que se demore ó abandone."

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Y cómo, divino Salvador mio, podré yo ver con ménos empeño la reparacion del templo de mi alma, y la cooperacion á la fabrica de vuestro templo eterno, que el que puso Nehemias en la reposicion de los muros de Jerusalem? ¡Ah! si ellos demandaron justamente tanta solicitud, ¡cuánta demandará este santuario eterno que os fabricais en las almas de vuestros escogidos! A la verdad, que cuantos son vuestros colaboradores en esta obra, deben consumir en ella todas sus fuerzas físicas, intelectuales y morales. Yo por mi parte, ayudado de la gracia que os pido humildemente, prometo trabajar en ella con tanta dedicacion, que pueda decir con verdad que hice como se debe, la obra de Dios.

#### JACULATORIA.

¡Oh Señor, que yo trabajo en una obra muy grande! no debo suspender ni abandonar la empresa.

#### LECCION.

##### *Sobre el modo de santificar las enfermedades.*

Uno de los principales medios de que podemos aprovecharnos para ejercitarnos mas en la virtud y conseguir nuestra salvacion, es la enfermedad, ya la consideremos en nuestras personas, ya en la de nuestros prójimos. Respecto de estos, acordémonos que una de las causas de que el mismo Jesucristo nos hace un mérito para introducirnos al reino de su Padre celestial, es haberlo visitado estando enfermo. Una de las obras de misericordia recomendadas en la Escritura Santa es la referida, y Jesucristo nos dió ejemplo ejercitando su poder en arrojar las enfermedades de los que las padecian. Nosotros no podemos hacer otro tanto por nuestra propia virtud; pero sí podemos rogar á Dios por los que las sufren, y ademas prestar á estos nuestros servicios personales, que á la vez que les servirán de consuelo, nos servirán á nosotros de mérito. Tambien podemos lograr éste sufriendo con paciencia las enfermedades que Dios nos manda, viéndolas no solamente como un medio para ejercitar nuestra paciencia, sino tambien como una precaucion, por decirlo así, de que Dios se vale para evitar que le ofendamos. Por esto San Pablo decia: *La virtud se perfecciona en la enfermedad...* Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo. Por lo cual me complace en mis enfermedades... porque cuando estoy enfermo, entonces soy fuerte. Un sabio intérprete explana el texto de esta manera: "Estoy con ánimo tranquilo y alegre en mis enfermedades, porque la virtud de Cristo resplandece en ellas, ministrándome fortaleza y victoria... Cuando estoy enfermo segun la naturaleza, entonces me hallo fuerte y poderoso por la gracia de Cristo, y Dios obra en mí mayores cosas; porque la que parece enfermedad, viene á ser en mí una verdadera salud." Grandes son las ventajas que podemos sacar de nuestros padecimientos; y por eso una de las pruebas que los maestros de espíritu nos enseñan para conocer si nuestra virtud es sólida, consiste en la paciencia con que suframos nuestras enfermedades.

Nosotros tenemos á la salud por el mas precioso tesoro, y no conocemos su valor sino cuando le hemos perdido. Nosotros tenemos la enfermedad como la mas cruel situacion, y hacemos todos nues-

tros esfuerzos para no estar enfermos; pero algunas veces con nuestras diversiones nada moderadas, otras por nuestros largos viajes por adquirir tal ó cual cosa que á nuestra vista es demasiado ventajosa, y finalmente, por nuestros placeres desordenados nos las buscamos. Las enfermedades que por estos adquirimos son de tanta gravedad, que enfermado á nuestro cuerpo igualmente dañan á nuestro espíritu; pues le hacen que enteramente olvide todos los sentimientos de religion; porque ó excitan á desesperacion, ó dejan vivas hasta el fin las centellas del pecado.

Sin embargo, el Señor, que siempre vela por los pecadores, los auxilia, podemos decir, aun con los mismos castigos que les envia; pues no hay un cristiano que no conozca, cuando se ve molestado por algun mal, que es un castigo que ha merecido, ó que el Señor de este modo le acuerda que es mortal, y que su cuerpo es como una flor que se marchita y se seca con el tiempo; que nosotros debemos expiar nuestro amor desordenado á las cosas sensibles, y pagar con dolores los placeres criminales que hemos gozado; que por último, es dichoso aquel que puede ofrecer sacrificios á Dios, y que no hay tiempo mas propio para cumplir con esta obligacion, que el de la enfermedad, pues David dice: *Encontré la tribulacion y el dolor, é invoqué el nombre del Señor.*

No hay duda que las enfermedades algunas veces son una grande tentacion: verdad es que estamos precisados á cuidar de la conservacion de nuestro cuerpo; pero nada de esto obsta para que una vez asaltados de la enfermedad, nos esforcemos á aprovecharnos de ella, en la satisfacion de que si nos sabemos aprovechar, seremos felices; puesto que las enfermedades en muchos han sido la causa de su perfecta conversion; pues cuando el hombre se siente morir poco á poco, y ve que cada dia se acerca mas al sepulcro, entónces comienza á entrar dentro de sí mismo, conoce el tiempo que ha perdido, y medita cuál será su suerte en la eternidad: entónces ya no desea los placeres de que disfrutaba; entónces ya no suspira ni se entristece por el caudal que perdió ó por las cuantiosas ganancias que dejó de adquirir trabajando sin cesar con desvelos y afanes: entónces su tristeza y dolor es ver que todos sus afanes y cuidados que debian haber sido en favor del alma, los empleó en el del cuerpo: entónces conoce que solo la virtud es la que no debe faltarnos, ni dejar de ser nuestra fiel compañera: entónces se apodera de ella, resuelto firmemente á que si el Señor no corta los dias de su vida, en

los demas que goce restaurará y le compensará al espíritu lo que el cuerpo le ha defraudado.

En un verdadero cristiano, la esperanza de la muerte que la enfermedad le acarrea, le sostiene y consuela: se acerca á Dios alegrándose de verse humillado y abandonado de los hombres: se persuade que esta vida es el tiempo de los trabajos, y confia en la Providencia, clamando á ella en toda ocasion. Entónces la enfermedad, unida á las esperanzas que la religion nos ofrece, es ya un bien, y no un mal; pero tambien diremos con Santiago, que nos es necesaria la paciencia para alcanzar estas promesas, no perdiendo de vista este objeto. ¿Querémos ser enfermos sin impaciencia y sin desesperacion? Pues prevengamos este accidente pensando cada dia que nuestro cuerpo debe arruinarse y peccer tarde ó temprano. Por esto, miremos todos los instantes de nuestra vida como unos nuevos beneficios del Criador: consideremos que son tantos los accidentes que nos rodean, que es casi imposible conservarnos sin golpe y sin herida. Ninguno es capaz de comprender, cuando el Señor le prolonga la vida hallándose molestad por una grave enfermedad, los provechos que le redundan si quiere sacar fruto de ella: la acerbidad y gravedad de sus males suele ser un purgatorio donde purga y satisface los pecados ya perdonados. Por último, son tan excelentes los beneficios que nos ofrecen las enfermedades, recibiéndolas como enviadas por mano del Señor, que muchas veces santifican al pecador, consuelan al justo, y nos abren la puerta del merecimiento y de la gloria.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

*Viernes de la tercera semana de Cuaresma.*—La conversion de la Samaritana.—*San Juan, cap. IV.*

*Sábado de la tercera semana de Cuaresma.*—La muger adúltera.—*San Juan, cap. VIII.*

*Domingo de la cuarta semana de Cuaresma.*—Milagro de los cinco panes y dos peces.—*San Juan, cap. VI.*

*Lunes de la cuarta semana de Cuaresma.*—Echa Jesus del templo á los que comerciaban en él.—*San Juan, cap. II.*



*Viernes de la 3.<sup>a</sup> semana de cuaresma.*



*Sábado de la 3.<sup>a</sup> semana de cuaresma.*



*Domingo 4.<sup>o</sup> de cuaresma.*



*Lunes de la 4.<sup>a</sup> semana de cuaresma.*

## Viérnes de la tercera semana de Cuaresma.

Se puede decir que la misa de este día está llena de misterios, y que contiene un compendio de toda la economía de la salvación. El deseo sincero que tiene el pecador de convertirse, y que es como la primera disposición para su conversión, aparece en la oración con que comienza la misa. La Epístola es una figura de lo que pasa en la conversión del pecador, y el Evangelio hace la pintura de esta conversión.

En el introito de la misa de hoy decimos con David: Dad, Señor, una prueba visible de lo que me amais, para que mis enemigos, viendo que me socorreis y me consolais, queden cubiertos de confusión. *Inclinad vuestro oído á mi oración, y oídme, porque soy pobre y necesitado.* Esta es la oración que hace á Dios David en el salmo LXXXV, perseguido por Saúl ó por Absalon, errante por los desiertos, y expuesto á las últimas desdichas. Si el lastimoso estado en que se encontraba entónces el rey Profeta, es figura del pecador, la oración que hace á Dios puede servir de modelo de la que debe hacer al Señor el que está en desgracia suya. San Agustín aplica todo este salmo á Jesucristo, cargado de nuestras iniquidades, que pide á Dios Padre su asistencia al ir á la pasión, y que predice su resurrección y la vocación de los gentiles á la fé y á la Iglesia.

La Epístola contiene la historia del milagro que obró Moises, haciendo salir de una roca una fuente de agua viva en favor de los Israelitas, que pasando por el desierto de Sina, cerca de dos años después de su salida de Egipto, fueron á acampar en Cadesbarne. La falta de agua hizo que el pueblo murmurase contra Moises y Aaron. ¿Por qué, les decían, no nos habeis dejado morir en Egipto? No faltaban allí sepulcros para enjerrarnos. ¿Era menester obligarnos á hacer un tan largo viage para hacernos venir á este miserable país, donde no se puede sembrar, y que no produce ni higueras, ni viñas, ni ganados, y donde ni aun se encuentra agua para beber? ¿Por qué habeis traído el pueblo del Señor á este desierto, para que muramos en él de sed nosotros y nuestras bestias? Habiendo llegado á ser general la murmuración y la sedición de todo el pueblo iba á estallar contra Moises, cuando el hombre de Dios y su hermano Aaron entraron en el tabernáculo que habian fijado en

medio del campo, y allí postrados con los rostros en tierra, exclamaron: Señor, oíd los clamores de este pueblo, y abridles el tesoro de vuestra misericordia, teniendo lástima de ellos; haga vuestra omnipotencia que salga una fuente de agua viva, para que apagando su sed cesen de murmurar contra mí y contra vos. Fué oída su oración, y la gloria del Señor se manifestó sobre ellos; esta manifestación quizá fué una nube luminosa, del medio de la cual se hizo oír la voz de Dios, que decía á Moises: Toma en la mano la vara, congrega al pueblo, y junta al ganado y á todas las bestias. Esta vara era el bastón ó cayado milagroso de que Dios se habia servido tantas veces, para hacer tantos prodigios por el ministerio de Moises. El legislador no la llevaba siempre consigo, sino que la dejaba en el tabernáculo como una cosa sagrada. Tomó Moises esta vara, y habiendo juntado al pueblo delante de la roca, levanta la voz para hacerse oír de toda aquella multitud, diciéndole: Oíd, pueblo ingrato y de poca fé, ¿creis que nosotros podemos sacar agua de esta roca, y hacer salir una fuente de agua de esta piedra? Entónces Moises levantó la mano, hirió dos veces la piedra con su vara, y al segundo golpe salió una fuente de agua que proveyó abundantemente á todo el pueblo y á sus ganados. San Agustín y muchos otros padres encuentran en estas palabras de Moises, no sé qué peregrinidad que les hace creer que Moises temía que la promesa del Señor no tuviese efecto, y creen que su confianza vacilaba, y estaba titubeante, no porque dudase del poder absoluto de Dios; pero parece dudaba si acaso en aquellas circunstancias de murmuración del pueblo y de sedición, querría Dios darle señales de su bondad y de su poder, y aun por esto parece lo previno, echándole en cara su incredulidad y su rebelión. El espíritu del legislador exacerbado é irritado á vista de la ingratitud del pueblo, dice el Salmista, desconfió de la promesa del Señor, y dudó si cumpliría su palabra. Este es el motivo, dicen los padres, porque Dios, irritado de su desconfianza no hizo el milagro al primer golpe, sino que fué preciso herir dos veces la roca, y esta suspensión del efecto fué el castigo de su duda.

Moises y Aaron todavía cometieron otra falta en esta ocasión. Dios les habia ordenado que hablaran solamente á la piedra; mas Moises siguiendo ántes su espíritu que la orden de Dios, no habla, sino here; y el Señor irritado de esta desobediencia, los castiga severamente. Yo os habia escogido, les dice, para introducir á mí

pueblo en la tierra de promision; pero porque habeis faltado á la confianza, porque vuestra fé ha parecido vacilar delante de todo el pueblo, al que con este motivo habeis dado una baja idea de mi poder, lo habeis confirmado por vuestro ejemplo en su incredulidad, y hecho más ingrato á la memoria de mis beneficios y de mis maravillas, no seréis vosotros los que introduzcáis este pueblo en la tierra que yo les daré, ni entrareis tampoco vosotros. ¡Ejemplo formidable que enseña á todos los fieles, pero particularmente á los ministros de Jesucristo, y á todos aquellos á quienes Dios ha encargado el cuidado de la salvacion de los otros, cuánto importa ser obedientes á sus órdenes! ¡Cuán de temer es que muchos despues de haber conducido á otros por los caminos del cielo, no entren en él, y sean excluidos para siempre! Esta es el agua llamada de la contradiccion, donde los hijos de Israel se amotinaron contra el Señor, y la que les fué concedida para apaciguar su sediccion y sus murmuraciones. Pero el Señor no dejó de sacar su gloria, haciendo resplandecer su poder.

El Evangelio contiene la historia de la conversion de la Samaritana. Despues de haber celebrado Jesucristo en Jerusalem la primera pascua despues de su predicacion, viendo que los fariseos empezaban á tenerle envidia por las maravillas que obraba, y por el gran número de discípulos que hacia; dejó la Judea por algun tiempo, y tomó el camino de Galilea. Como le era preciso pasar por la provincia de Samaria, llegó á una de las ciudades del país llamada Sicar, antiguamente Siquem, como á dos leguas de la ciudad de Samaria, muy cerca de la tierra que Jacob habia dado en herencia á su hijo José. A unos doscientos pasos de la ciudad está el pozo de Jacob, que servia de fuente á toda la ciudad; cerca de este pozo fué donde el Salvador fatigado del camino y del calor, se sentó para descansar, mientras venian sus discípulos que habian ido á la ciudad á comprar que comer. Era cerca de la hora sexta del día, esto es, al medio día; cuando una muger Samaritana de nacimiento y de religion, fué á sacar agua del pozo. La aversion que tenian los judíos á los samaritanos, y estos á los judíos, era reciproca: divididos en religion, no ménos que en las costumbres, no podian sufrirse, ni tenian entre sí comercio alguno. Los judíos bien podian comprar viveres á los samaritanos, pero no recibirlos gratuitamente; porque el don es una señal de amistad que les estaba prohibida. El Salvador, que tenia el designio de convertir á esta muger, la dijo si gustaba darle

de beber. Pídióle á la Samaritana un poco de agua, para hacer nacer en ella el deseo de una agua mucho más excelente, que él solo podia darle.

A este modo el Señor nos suele pedir pocas cosas para tener motivo de colmarnos de sus más grandes dones; y otorgándole esto poco, nos ponemos en estado de recibir la plenitud de los dones celestiales que nos tiene preparados. Esta muger reconoció en el vestido y en el lenguaje que el Salvador era judío, y se mostró admirada de su peticion. ¿Cómo, le respondió, tú que eres judío me pides de beber? ¿No sabes que no hay comunicacion alguna entre las dos naciones? Bien lo sé, replicó el Hijo de Dios; pero tú ignoras quién es el que te habla. Si supieras quién es el que te pide agua de este pozo, quizá ya tú le hubieras rogado que te diera otra agua viva, de la que él mismo es la fuente. Esta respuesta la sorprendió. Señor, replicó ella, ¿qué quieres decir con esto? ¿Cuál es esa agua viva que me prometes, y donde está la fuente? ¿Por ventura eres tú más poderoso que nuestro padre Jacob, de quien nosotros somos los herederos? El fué quien hizo cavar este pozo para sus hijos y para sus ganados; sabemos cuánto costaba esta agua, y que no bebía de otras. Los samaritanos eran extrangeros á la raza de Israel, siendo un pueblo agregado de diversos países, que Salmanaasar trasportó á la Samaria. Se lisonjearon no obstante de descender de Jacob; pero los judíos los miraban como á gentiles que habian juntado las supersticiones paganas con las ceremonias judaicas. Viendo Jesus que esta muger estaba ya dispuesta á escucharle, empezó con su dulzura ordinaria á instruirle. El que bebiere de la agua de este pozo, respondió, solo apagará su sed por algun tiempo; pero los que bebiere de la agua que yo les daré, no tendrán jamás sed, y esta agua se hará en ellos una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna. Señor, respondió la Samaritana, confieso que el agua de que me hablas, vale más sin comparacion que todas las nuestras; dame pues de ella para que yo no tenga necesidad de venir en adelante á sacar agua de este pozo con tanta incomodidad, y para que no tenga sed en toda mi vida. El Salvador queria que deseara la gracia que le queria conceder, y que se la pidiera; Dios no nos convierte jamás, no queriendo nosotros. La verdadera voluntad de convertirse es siempre una disposicion necesaria para una conversion eficaz. Deseaba Jesus dar á la Samaritana la fuente de agua viva que le ofrecia; pero queria disponerla á hacerse digna de ella por la

confusion y el dolor de sus pecados, y por el conocimiento del Mesías. Estoy pronto a darte lo que me pides, le dijo el Salvador; pero ve, llama á tu marido, para que participe de la gracia que quiero hacer. No tengo marido, respondió la muger. Has dicho bien, replicó el Salvador, porque el hombre con quien actualmente vives no es mas tu marido que los otros cinco con quienes has vivido como si hubieran sido tus maridos legítimos. (Así explica este pasage S. Juan Crisóstomo.) A estas palabras quedó absorta la Samaritana, y no tuvo que responder; pero la vergüenza de ver descubiertos sus desórdenes, y el ver que la reconvenian con ellos, la hizo desviar con habilidad la conversacion. Señor, dijo, conozco que eres profeta; y nadie es mas capaz que tú de resolverme una cuestion que ha infinito tiempo divide á los judios y samaritanos en punto de creencia. Es cierto que nuestros padres siempre han adorado á Dios en el templo que está edificado aquí sobre el monte Garicin, sobre el qual se dice que Abraham quiso sacrificar á su hijo, y que Jacob erigió un altar á la vuelta de su viage de Mesopotamia; y vosotros los judios decís que no se le debe adorar sino en el templo de Jerusalem. ¿Por parte de quienes está el engaño? El Salvador que conocia muy bien que esta muger por sus cuestiones fuera de propósito solo buscaba cómo entretenerlo, y no dar lugar á la cuestion principal (pintura fiel de una alma pecadora á quien la gracia persigue, y que pretende evadirse de ella) no la abandona ni se enfada con ella; ántes bien con una dulzura y una amable condescendencia responde á sus preguntas artificiosas; pero responde instruyéndola, y sin perder de vista su fin, que es la conversion y la salvacion de esta pecadora. Creeme, le dice: ha llegado el tiempo en que las prácticas supersticiosas de vuestra falsa religion, y las ceremonias judaicas, aunque santas, deben cesar para dar lugar al solo verdadero culto. La verdad va á sustituir al error, y la luz á las tinieblas. Las observancias exteriores del judaismo van á convertirse en un culto interior y espiritual, que no estará ligado ni al lugar ni á los templos: se podrá adorar á Dios en todas partes, con tal que se le adore en espíritu y en verdad, quiere decir, con tal que no se haga consistir todo el culto que se dé á Dios, y todo el espíritu de la religion, en puras ceremonias exteriores; pues aunque son santas y aun necesarias, pero el mérito del culto se toma del espíritu y del corazon con que se tributa, y este culto no está ni aligado á un lugar, ni envuelto en figuras; debe ser puro, afectuoso, desinteresado, religioso, sin

ceros; y como Dios es espíritu, pide un culto verdadero y espiritual. Mientras que el Salvador revelaba tan grandes misterios á la Samaritana, su gracia adelantaba mucho en su corazon el milagro de su conversion; estaba embelesada y tambien movida del razonamiento del Salvador, pero todavía rehusaba rendirse á los convites y solicitudes de la gracia; y no sabiendo qué responder, apela al Mesías, para que le enseñara por cuál de las dos naciones está la verdad, y le dijera lo que se debía hacer. Entónces el Salvador, viéndola en una tan santa disposicion, la dijo: He aquí al Mesías que esperais; yo soy el Mesías que hablo contigo. Apenas hubo dicho esto, quando llegaron sus discípulos, los que se sorprendieron al verlo conversar con una muger; pero no se atrevieron á preguntarle el asunto de la conversacion. No bien hubo el Hijo de Dios declarádole á la Samaritana quién era, cuando infundiendo la fé su luz en su espíritu, y triunfando la gracia de su corazon, deja allí su cántaro, corre á la ciudad, y se pone á gritar en todas las calles: Venid á ver á un hombre que me ha dicho cuanto he hecho; no puede menos de ser Cristo; no hay duda que es el Mesías que esperamos, él es el mismo; lo que me ha dicho me hace conocer lo que es: en fin, dijo esta muger tantas cosas del Mesías, que muchos se determinaron á ir á ver á este hombre extraordinario. Entre tanto los discípulos que sabian que su Maestro estaba fatigado y desfallecido, le rogaron que comiera; pero les respondió que tenia una comida de mas harto gusto, que la que ellos le presentaban, y que le daba mas vigor; lo que hizo decir á los discípulos: ¿Por ventura le ha traído alguno de comer? ¿Quereis saber, les añadió entonces, cuál es esta comida de que yo me alimento? Es hacer la voluntad del que me ha enviado, y perfeccionar su grande obra, que es la salvacion de los hombres; quiero que vosotros trabajéis en ella conmigo; es muy abundante la mies en que he resuelto ocuparos, y hay mucho que trabajar. Quizá me direis que todavía faltan cuatro meses hasta la siega; y yo os digo que la siega está ya muy cerca. Tened la vista por todos los pueblos de la tierra; este es el campo que os está destinado; los vereis tan prontos y tan en sazón para la siega espiritual de que os hablo, como lo están los campos para la siega ordinaria, quando los panes amarillean y están dorados. Todos los que trabajan en esta especie de siega son recompensados; así el que siembra como el que siega, cada uno tiene por que alegrarse. Yo os envío á segar, y á hacer la cosecha en las tierras que no habeis labrado ni tampoco sembrado. Los que

os precedieron, quiero decir, los patriarcas, los profetas, los doctores que Dios dió á su pueblo para instruirlo, lo cultivaron y lo dispusieron para que recibiera bien vuestras instrucciones, y se aprovechara de vuestros cuidados.

Mientras que el Salvador instruía de este modo á sus discípulos, los habitantes de Sicar á quienes la Samaritana lo había anunciado, contándole de él tantas maravillas, corrieron en tropas hácia él. Su aire, su modestia, su afabilidad, sus palabras, todo les confirmó lo que la Samaritana les había dicho. Habiéndole suplicado y obtenido de él que se detuviese dos días en la ciudad, no bien lo hubieron oído, cuando casi toda la ciudad creyó en él. Ya no por lo que nos has dicho creemos que este hombre es el Mesías, decían á la Samaritana; lo que hemos oído nosotros mismos de su propia boca, no nos permite dudar ya que sea el Salvador del mundo, que así los judíos como nosotros estamos esperando.

No debe admirarnos, dice San Agustín, el que la Samaritana no hubiese comprendido cuál era la agua de que Jesucristo le hablaba, pues los mismos discípulos tampoco comprendieron cuál era la comida que les decía: ¿pero no es todavía mas de admirar que el Salvador mire el cuidado de trabajar en nuestra salvacion, como la mas estrecha y apretada necesidad de su vida, y que nosotros miremos el cuidado de nuestra salvacion como una cosa que nada importa? Si la Samaritana no hubiese creído, no hubiera anunciado á sus conciudadanos las maravillas que Jesucristo había obrado con ella; y estos no hubieran hecho que el Salvador entrara en su ciudad. Así por un secreto impenetrable de los juicios de Dios, la conversion de una ciudad, de un reino entero está algunas veces aliada á la conversion de una sola persona. Si esa muger profana, si ese libertino se convirtieran á Dios, tal vez con su ejemplo moverian á hacer lo mismo á una multitud de otros. ¡Pero qué docilidad en un pueblo medio infiel, mientras que el verdadero pueblo de Dios tiene tan poca! El samaritano cree en Jesucristo, sin mas que oír sus razones, y el judío no cree en él, aun cuando lo vé obrar los mas estupendos milagros. Solo predica dos días el Señor en Sicar, y los samaritanos se convierten; predica y hace las mas ruidosas maravillas en la Judea por espacio de tres años, y los judíos le quitan la vida. Así se ven algunas veces muchos cristianos vacilar en la fé en medio de los mas poderosos socorros espirituales y de las mas vivas luces, mientras que el bárbaro, dócil á la voz de un varón apostólico, cree y vive conforme á su fé.

*La Epístola es del capítulo XX del libro de los Números.*

En aquellos días: Hicieron los hijos de Israel un conciliábulo contra Moises y Aaron; y amotinados dijeron: Danos agua para que bebamos. Y habiendo despedido á la multitud Moises y Aaron, entrando en el Tabernáculo de la alianza, se postraron contra el suelo y clamaron al Señor, y le dijeron: O Señor Dios, escucha los clamores de este pueblo y ábreles tus tesoros, una fuente de agua viva, á fin de que apagada su sed, cesen de murmurar. En esto apareció la gloria del Señor sobre ellos. Y habló el Señor á Moises, diciendo: Toma la vara, y congregad al pueblo tú y tu hermano Aaron, y hablaréis á la Peña en presencia de toda la gente, y la Peña brotará aguas. Y sacado que hubiéreis agua de la Peña, beberá todo el pueblo con sus ganados. Tomó pues Moises su vara, que se guardaba en la presencia del Señor, segun se lo mandó, y congregada la multitud delante de la Peña, les dijo: Oid, rebeldes y descreídos: ¿Por ventura podremos nosotros sacaros agua de ésta Peña? Y habiendo alzado Moises la mano, y herido dos veces con la vara aquella Peña, salieron aguas copiosísimas; por manera que pudo beber el pueblo y los ganados. Dijo entonces el Señor á Moises y á Aaron: Ya que no me habeis creído en orden á hacer conocer mi gloria á los hijos de Israel, no introduciré vosotros este pueblo en la tierra que yo le daré. Esta es la agua de contradiccion en donde los hijos de Israel se querellaron contra el Señor, el cual manifestó en ellos su gloria.

*El Evangelio es del capítulo IV de San Juan.*

En aquel tiempo: Vino Jesus á una ciudad de Samaria llamada Sicar, vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesus, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca la hora de sexta. Vino una muger samaritana á sacar agua. Dijo le Jesus: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer.) Pero la muger samaritana le respondió: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? Porque los judíos no comunican con los samaritanos. Dijo le Jesus en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quien

es el que te dice: Dame de beber; puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la muger: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿Dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesus: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamas volverá á tener sed: ántes el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna. La muger le dijo: Señor dame de esa agua, para que no tenga yo mas sed ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesus le dijo: Anda, y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la muger: Yo no tengo marido. Dícele Jesus: Tienes razon en decir que no tienes marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es marido tuyo. En eso verdad has dicho. Díjole la muger: Señor, yo veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem está el lugar donde se debe adorar. Respóndele Jesus: Muger, créeme á mí: ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalem adorareis al Padre. Vosotros adorais lo que no conocéis. Pero nosotros adoramos lo que conocemos: porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu; y por lo mismo los que le adoran en espíritu y verdad deben adorarle. Dícele la muger: Sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo.) Cuando venga, pues, él nos lo declarará todo. Y Jesus le responde: Ese soy yo que hablo contigo. En esto llegaron sus discípulos y extrañaban que hablase con aquella muger. No obstante, nadie le dijo: ¿Qué le preguntas ó por qué hablas con ella? Entre tanto la muger, dejando allí su cántaro, se fué á la ciudad, y dijo á las gentes: Venid y veréis á un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho. ¿Será quizá este el Cristo? Con eso salieron de la ciudad y vinieron á encontrarle. Entre tanto instábanle los discípulos diciendo: Maestro, come. Dícele él: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabeis. Decíanse pues los discípulos unos á otros: ¿Si le habrá traído alguno de comer? Jesus les dijo: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento á su obra. ¿No decís vosotros:

Dentro de cuatro meses estaremos en la siega? Pues ahora os digo yo: Alzad vuestros ojos, tendad la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y á punto de segarse. Aquel que siega, recibe su jornal y recoge frutos para la vida eterna; á fin de que igualmente se gocen así el que siembra como el que siega. Y en esta ocasion se verifica aquel refrán: Uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado á vosotros á segar lo que no labrásteis: otros hicieron la labranza, y vosotros habeis entrado en sus labores. El hecho fué que muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la muger que aseguraba: Me ha dicho todo cuanto yo hice. Y venidos á él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. En efecto, se detuvo dos dias en aquella ciudad: con lo que fueron muchos mas los que creyeron por haber oido sus discursos. Y decían á la muger: Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos le hemos oido y hemos conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo.

## MEDITACION.

*Sobre la conversion de la Samaritana.*

Considera con cuánta razon debemos exclamar con el mártir Bonifacio. ¡Cuán bueno es el Dios de los cristianos! Sediento y fatigado camina en busca de una muger tan satisfecha en sus delitos, como envilecida por ellos. ¡Oh y cuánto estima las almas! Para buscar á esta no se escusa de sudar lilo á hilo: despues correrán arroyos de sangre de sus llagas para redimirlas á todas. ¡Qué olvidada llega la Samaritana de Dios; y cuán en el corazon la tiene el Señor! Ignorante ella de los eternos bienes, hidrópica de los gustos perecederos, solicita algives rotos y deja la fuente de aguas vivas! ¡Qué poco se pensaba hallar la verdadera dicha que se dispuso para ella! Viene en busca del agua, símbolo de los fugitivos contentos de la vida, y halla la vena perdurable de la gracia! Comienza á disponerla Cristo para hacerla capaz de sus infinitas misericordias: entra pidiendo para dar, pide un poco de agua, el que ha de verter toda su sangre, empéñase en pedir poco, para dar mucho. ¡Oh, qué deseo tiene de dar! ¡Qué sed de comunicar sus celestiales dones! Con deseo he deseado, dice el mismo Señor. Sediento de nuestra artura: agua pide, mas de lágrimas que limpian el alma, que blanquean la conciencia. Así te dice; dame de beber, lágrimas te pido:

compadécete de mi sed; ¡no me des la hiel de tu ingratitud ni el vinagre de tu tibieza: venga una lágrima siquiera derramada por tantas culpas: ábranse esas fuentes de tus ojos, y te comunicaré en dilubios las de mi gracia. ¿Qué dices, no le brindarás con lágrimas de amargura, para que él te anegue á ti en abismos de dulzura? ¿No harás un gran desprecio de los mundanos deleites para tener una gran sed de los divinos contentos? ¿No quieres gozar eternamente la perenne fuente de la gracia?

Considera como niega la vil criatura á su Criador un poco de agua que le pide; pero el Señor, lejos de abandonarla, toma de esta ocasion para favorecerla: juzga la Samaritana que tiene bastante fundamento para negarla, así como todos los que se escusan deservirla; pero Jesus olvidado de sus deservicios, instándole con el bien: ¡Oh muger, la dice, si conocieses el don de Dios! Si supieses con quién hablas! Como tú me pedirías á mí que soy fuente perenne de todos los bienes, mina de los tesoros, manantial de consuelos; y yo te franquearía á millares los tesoros de mi gracia; yo te daría mi gracia que exalta hasta la vida eterna. Oye, alma mía, é inclina tu oído, que el Señor te dice á ti lo mismo. ¡Oh si supieras ó si conocieras el don de dones y merced de mercedes que es mi gracia! ¡Si supieses quién es el Señor que te llama! Tu único bien, todo tu remedio, tu consuelo, tu felicidad, tu vida, tu centro; el que solo puede llenar tu corazón y satisfacer tus deseos. ¿Cómo vendrías desalada á pedir esta agua de la gracia: cómo querrias anegarte en esta fuente? Aviva tu fé, alienta tu amor y bebe de esta gracia en que se te aplica el precio infinito de la sangre de Jesus; aplícale á sus llagas, y llénate, alma mía, de Dios.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

Misericordiosísimo Dios y Señor mio, conozco y confieso con harta confusion y vergüenza, que á mí me habeis sufrido mucho mas que á la Samaritana; pero veis aquí que ha llegado ya el instante dichoso en que yo corresponda á vuestros amorosos llamamientos. ¿Qué quereis de mí, oh Jesus dulcísimo? ¡El agua de mis ojos! Pues ya os la doy en un copioso llanto nacido de mi corazón contrito y humillado. Dadme vos á mí el agua viva de la gracia para lograr mi verdadera conversion.

#### JACULATORIA.

Conviérteme, Señor, y me convertiré.

#### LECCION.

*Sobre la suavidad de la gracia.*

Si atendemos y reflexionamos cuánta es la gravedad del pecado, y que mucho mayor es la misericordia del Señor é igualmente su gracia, para apartarnos de él, conoceríamos sin duda el valor infinito de esta gracia y misericordia, y entónces jamas despreciaríamos sus inspiraciones y llamamientos. San Pablo nos dice: *Cuando abundó el pecado, sobrepujó la gracia*: y un sabio expositor añade: “Mucho mas eficaz fué la gracia de Cristo, que el pecado de Adán. Cuanto mas grave era la enfermedad, mas poderoso debia ser el remedio; y cuanto mayor era la iniquidad del pecador, mas grande era la misericordia del que perdonaba el pecado. ¿Qué culpas podrán ser aquellas que sin un agravio notorio de la bondad del Altísimo, nos hagan desconfiar del perdon? Ningunas; y esto mismo nos debe servir de estímulo para aprovecharnos con mas prontitud de la gracia. El enfermo que se ve acometido de una enfermedad grave y molesta, desea con ansia al médico y á la medicina, por lo mismo que la enfermedad es grave. Del mismo modo el pecador que tiene su alma enferma por la culpa, debe ocurrir inmediatamente á Jescristo á pedirle el remedio. Habiendo sanado nuestras almas, no volvamos á enfermarlas quebrantando la ley, que en vez de servirnos de guía para la bienaventuranza, nos sirve de escándalo, como nos lo dice el mismo San Pablo: *Sobrevino la ley, para que abundase el pecado*. Nunca puede ser la ley causa inmediata del pecado; pero nuestra concupiscencia y nuestras pasiones hacen que nos sea ocasion de ruina espiritual lo que está instituido para nuestra utilidad solamente. Por tres motivos, dicen los teólogos explicando este pasage de San Pablo, que la ley sobrevino para que abundase el pecado, atendiendo, no á la misma ley, sino á la disposicion de los hombres para observarla. El primero, porque deseamos con mas ansia aquello que no está á nuestro alcance, que lo que fácilmente podemos conseguir; el pecado por razon de la prohibicion de la ley no está á nuestro alcance; por lo mismo lo deseamos con ansia. Segundo, porque las pasiones refrenadas se irritan demasiado, como lo vemos prácticamente en el que sufoca en su corazón alguna pesadumbre ó enojo; pues cuando llega á manifestar-

lo es con mayor fuerza de la que hubiera tenido al principio. Tercero, porque lo que nos es lícito, lo juzgamos como posible en cualquier tiempo y circunstancia; pero lo prohibido no; y de aquí es que cuando nos desenfrenamos respecto de alguna pasión, lo hacemos con una especie de ansia, como para aprovechar una oportunidad, sabiendo muy bien que debemos prescindir y arrepentirnos de aquel hecho. Si nosotros sirviéramos á Dios solamente por amor á su Magestad, y no como forzados por el temor del castigo, entónces la ley sería para nosotros suave y ligera. Con razon exclama el mismo intérprete: "¡Ojalá que la ley evangélica no fuera para la mayor parte de los cristianos ocasion de pecado y de ruina, por la mala disposicion de ellos, y la concupiscencia que reina en sus corazones! Enseñados por el Evangelio, sabemos que la avaricia, la ambicion, la venganza y los demas vicios nos están prohibidos; pero faltos del espíritu del mismo Evangelio, nos encendemos en deseos vehementes acerca de aquellos, y abunda en nosotros el pecado." Este espíritu del Evangelio es puntualmente el que hemos de pedir á Dios, este el que hemos de adquirir mediante su gracia, y el que ciertamente conseguiremos si sabemos aprovecharnos de ella. No temamos que entre en nuestros corazones causándonos algun tormento por hacernos prescindir de nuestras malas inclinaciones: la gracia al mismo tiempo que es fuerte y poderosa, es dulce y suave, y donde el hombre por instigacion del demonio cree encontrar los mas grandes tormentos, solo halla las mayores delicias.

Con tal prevencion de dulzura y humildad nos busca y nos llama el Señor á su gracia, como nos lo demuestra con la Samaritana: se sienta el Salvador en el brocal del pozo de Jacob para aguardar á esta pecadora. Otro tanto ha hecho muchas veces con nosotros: ¡infelices si no lo hemos percibido! ¡Cuánatas ocasiones yendo á los pozos de Jacob hemos hallado luces que no esperábamos? ¡Luces que nos descubrian el error de nuestro estado y los hechizos de la virtud! Esto es, ¡cuántas veces se ha servido Dios de las cosas mas comunes y mas ordinarias para movernos y obligarnos! Un sermon por ejemplo, á que asistimos mas por curiosidad ó etiqueta que por devocion; una lectura devota tomada por pasatiempo; una conversacion, una visita ó un paseo por casualidad: ¡cuántas veces se nos ha presentado el pozo de Jacob, esto es, el manantial de las reflexiones, instrucciones y amonestaciones, en las que jamas habiamos puesto la atencion? Llegá, en fin, esta pecadora esperada con tanta

caridad á sacar agua: entónces le dice el Señor: Dame de beber. Nada le pide que no esté en su mano, nada le pide que no esté en sus fuerzas: de este mismo modo procede con nosotros; nos pide poco en comparacion de la recompensa que nos promete: nada mas nos pide que agua, esto es, algunas lágrimas considerando nuestros desórdenes, algun pesar de haberle disgustado, alguna caridad con nuestros hermanos. Ved aquí á lo que se reduce lo que pide el Salvador. ¡Será pedir mucho pedirnos cosas fáciles que están en nuestras manos? La gracia aunque todopoderosa, no fuerza la libertad: ella no dispone de nosotros sino con reserva: nos llama, nos solicita, y no nos oprime ni estrecha. La Samaritana resiste á la gracia. ¿Y por qué resiste? Porque cree es un crimen que los judios comunican con los samaritanos. ¡Qué escrupulo en una muger que vivia sin temor y libremente en el pecado y en el vicio! ¡Pero qué comun entre nosotros! Efectivamente, hay muchos que se lamentan de las imperfecciones de otros, y no les hace fuerza cometer las mayores injusticias. Sin embargo, la gracia no se cansa de esta resistencia: gana á esta muger con sus interiores sollicitaciones á tiempo que le dice el Salvador: "Si tú supieras quién te habla, y que es lo que intenta, serias la primera en buscarlo. Así es como procede Dios para conducirnos á la penitencia. Si supieras, cristiano extraviado, lo que es la virtud, los hechizos que tiene, cuánta es la gloria que te procura, y cuáles las consolaciones que lleva consigo: si supieras lo que vale tu alma, lo que ha costado el librarla del inferno: si supieras lo que es el mundo en el que te embarcas tan ciega-mente; cuán molestos y vacíos son sus honores, cuán tumultuosos y amargos sus placeres, cuán frívola y costosa su amistad, cuán frecuentes sus peligros, cuán funestas sus ocasiones; si lo supieras, imploraras los auxilios de la gracia, con la que se tiene aliento para abandonarlo todo y fuerza para vencerlo todo. Pero ¿qué sucede? Vosotros respondeis como la Samaritana. "El pozo es muy profundo; la inclinacion demasiado viva; el hábito muy fuerte; los nudos demasiado estrechos y el objeto muy seductor. ¡Cómo he de renunciar á una persona tan tiernamente amada! ¡Cómo he de dejar estos adornos brillantes, y vestirme con modestia y simplicidad! ¡Cómo he de satisfacer á aquella persona que he ofendido! Es to es imposible; yo no puedo resolverme." Pues sabed que jamas tendreis paz en afectos que no tengan por fundamento la virtud; y

que todo placer que viene de la iniquidad y del desorden, es un placer que irrita, deshonra y no contenta.

“En fin, dijo la Samaritana, cuando haya venido el Mesías será tiempo de pensar en eso. Y Jesús sin dilacion alguna le respondió: Pues yo soy, aquí te tienes presente.” Lo mismo sucede con nosotros. La gracia siempre está delante de nosotros, la desventura ó contratiempo que os ha disminuido esa fortuna que os hacia soberbios, os dice: Yo soy una gracia. Esa calumnia que os ha apartado de las concurrencias adonde asistiais con tanta frecuencia, con tanto peligro vuestro y con tanto escándalo para otros, aunque os parezca cosa cruel, ella es una gracia. Esa infidelidad del amigo y del objeto de vuestra aficion, esa inconstancia que os desconsueta y que os muestra para lo venidero un enojo doloroso, todo eso es una gracia que os trae á la memoria á Dios. Estas contradicciones que os rodean, esos remordimientos que os perturban, esos disgustos que os mortifican, esos buenos ejemplos que os conmueven, todo, todo es una gracia que se insinúa suavemente. La dulzura de la gracia fué la que lejos de molestar á la Samaritana, la obligó á determinar su conversión. ¡Ojalá obre otro tanto en el corazón de nuestros lectores!

### Sábado de la tercera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este día es del Salmo V., que compuso David en tiempo que era perseguido tan vivamente por Saul y por sus cortesanos. En él pide el Profeta á Dios justicia contra sus enemigos, que lo calumnian: *Señor, prestad vuestros oídos á mis palabras, atended á los clamores que envío hácia vos, inclinaos á mi oración, vos que sois mi Rey y mi Dios.* A vos, Señor, recurriré siempre en mis necesidades, y tambien vos estareis siempre pronto á oírme. Este salmo tiene por título, Salmo de David; para el fin en favor de la que obtiene la herencia. Es á saber, dicen los Santos Padres, en favor de la heredera de las promesas de Jesucristo, que es la Iglesia. Se puede tambien mirar este salmo como una oración excelente de la mañana, y como un modelo de los sentimientos piadosos que debe tener una alma en medio de un mundo corrompido, contra cuyos lazos y calumnias se debe pedir á Dios ayuda sin cesar, particularmente al comenzar el día.

La Epistola, tomada del capítulo XIII del Profeta Daniel, contiene la calumnia de dos infames viejos; que no habiendo podido pervertir á una muger jóven, de una rara belleza y de una virtud todavia mas excelente, se resolvieron á acusarla y perderla. Habiéndose apoderado Nabucodonosor de Jerusalem, fueron llevados cautivos entre otros muchos judíos, Joaquin y Susana su muger; ésta habia sido educada por sus padres en el santo temor de Dios, é instruida perfectamente en la ley de Moises. Nabucodonosor no los despojó de sus bienes, antes bien les permitió hacer compras y adquisiciones en Babilonia, dejándolos vivir segun sus leyes y costumbres. Joaquin, que era uno de los mas visibles entre los judíos, se estableció desde luego en la ciudad, comprando una casa con un hermoso y delicioso jardin que tenia contiguo. Los judíos iban frecuentemente á su casa, y aun les habia permitido el que tuviesen en ella su consejo público, y sus juntas.

Mas despues que los judíos arreglaron su policía en Babilonia, permitió Dios que la castidad de Susana fuese puesta á la prueba mas terrible. Se habian puesto aquel año por jueces á dos viejos, de quienes el Señor quiso hablar cuando dijo: *Que la iniquidad salió de Babilonia por unos viejos que eran jueces, y que parecía conducian y gobernaban al pueblo.* Estos iban de ordinario á la casa de Joaquin: Susana tenia la costumbre de irse á pasear al jardin; ellos, viéndola entrar en él todos los dias, se prendaron de su extraordinaria belleza, y concibieron una ardiente pasión por ella, desterrando de su corazón todo temor de Dios, y entregándose á los deseos mas criminales: ambos estaban igualmente heridos del amor de Susana, sin atreverse á comunicar uno al otro su pasión, observando y aguardando el medio y el tiempo de encontrarla sola. Un día, habiéndose pasado algun tiempo de que se habian retirado todos los que iban á que les hicieran justicia, se dijo uno al otro, con el fin de que se fueran: Vámonos á casa, que ya es hora de comer; pero no bien se habian separado para irse cada uno á su casa, cuando retrocedieron entrambos, y quedaron muy sorprendidos al verse uno al otro á la puerta. Entonces se confesaron uno á otro su criminal pasión, y tomaron entre sí las medidas que les parecieron mas convenientes para satisfacer sus brutales deseos. La ocasión se presentó bien pronto tal como la deseaban. Susana no tardó en entrar en su jardin, segun lo tenia de costumbre, acompañada solamente de dos doncellas que la servian. Esta, creyéndose estar so-